

“El Dios Lluvia llora a México”

La conquista del Anahuac vista por un autor húngaro

Paul RONAI

Cuando la Dirección de esta Revista nos ofreció amablemente sus páginas para informar, de tiempo en tiempo, a los lectores colombianos sobre los acontecimientos de la vida literaria en Europa Central, y particularmente en Hungría, vacilamos mucho antes de aceptar este gesto de cortesía. La causa no era ciertamente la carencia de buenos libros en Europa Central; mas no todos afrontan la distancia, las vicisitudes de un largo viaje, las divergencias de dos climas tan lejanos. A los libros les sucede lo que a las plantas: algunas mueren cuando se las arranca de su suelo natal; otras sobreviven a la transplatación, pero no dan frutos bajo ese nuevo sol; otras aunque den los mismos frutos, no tienen el mismo sabor, la misma dulzura y aroma que tenían en su país de origen. Muy raras son las plantas que florecen igualmente en todos los climas.

En estas crónicas, nos proponemos hacer conocer las obras literarias que pueden interesar al lector de la América del Sur. Para esto es necesario, pensamos, o bien que la obra analizada tenga alguna relación con la América, o bien que sea de una actualidad eminente, o que exprese de una manera artística y persuasiva una de las tendencias características de la Europa moderna. La novela de que hablaremos esta vez responde a cada una de estas tres exigencias. Se trata de “El Dios Lluvia llora a México”, una gran novela histórica en lengua húngara, en la cual el autor, M. Ladislas Passuth, cuenta la conquista de México por Hernán Cortés.

Este libro alude ciertamente a uno de los sucesos más curiosos de la historia de las dos Américas. Pero, ¿qué tiene de actual? ¿Qué

tiene de específicamente europeo en el sentido intelectual de esta palabra? Hé aquí las cuestiones a las cuales trataremos de dar respuesta.

* * *

El autor, Ladislas Passuth, es casi un desconocido para el gran público de su propio país. Mas los intelectuales siguen, desde cierto tiempo acá, con vivo interés la evolución de su compleja personalidad.

Quienes consideraban a Passuth ante todo como un economista, se han sorprendido al saber que él redactaba el mes político de una importante revista; otros que le conocían esta calidad, no esperaban encontrar su nombre al pie de notables crónicas literarias o de artículos históricos; pero unos y otros han debido igualmente admirarse al saber que nuestro autor había estado a punto de ganarse el primer premio en un ruidoso concurso literario, en el cual finalmente fue clasificado después de "*La Rue du Chat-qui peche*" de Mme. Yolanda Foldes, novela que ha sido traducida a todas las lenguas y que ha tenido un éxito, puede decirse, universal. Esta primera novela de Passuth tenía como título "*Eurasia*".

No es fácil expresar la impresión causada por este libro. Algunos lo leyeron como una historia de espionaje: los principales personajes, en efecto, se encuentran en contacto con las oficinas secretas, operan en los ministerios y en las comisiones internacionales y, rodeados de misterio profesional, dan caza a documentos confidenciales. Otros lectores —y éstos también tenían razón— veían sobre todo una novela psicológica; comprendían que el punto de vista "segunda oficina" era en realidad secundario. En efecto, una vez que el documento perseguido ha sido conseguido, ya no se trata más de él; se diría que el escritor lo ha inventado únicamente para analizar las influencias psíquicas ejercidas por ciertas personalidades sobre otras y las reacciones irracionales que, en el momento en que menos se les espera, se levantan contra esas influencias. Otros consideraban el libro, con no menos razón, como el cuadro de una época. El autor ha tratado realmente de darnos la impresión de confusión, de caos, de fermentación que ha marcado el período posterior a la guerra mundial. Período que ignoramos si ha abierto o cerrado una época de la historia, y si esta época es de destrucción o de reconstrucción, de fatiga o de ansia, de las fortunas rápidas y de las quiebras como el rayo, de un lujo

sin freno y de una miseria sin límites, de una agonía y de una gestación. Toda la estructura del libro: capítulos breves sin vínculo aparente entre ellos, muchas acciones que no se encuentran sino en algunos puntos de intersección, un estilo nervioso, cortado, convulso, contribuyen a dar la razón a aquellos que lo consideran como una explicación de "cuadro de época". Pero había en el libro un cuarto subsuelo, en el cual el pensamiento propiamente dicho del autor se había escondido y sobre el cual quería él atraer la atención del lector con ese curioso título de "*Eurasia*". El destino que, durante y después de la guerra mundial, arrancaba a millones de individuos de su tierra, los transplantaba, agitaba sus vidas, confundía sus caminos y los reunía en los más fantásticos encuentros con una fatalidad aparente, trabajaba tal vez sin que se apercibieran de su objeto final, aún vago y casi imposible de descifrar. ¿Cuál era ese fin? Restablecer una unidad primitiva y perdida, amalgamar el alma separada de los continentes, hacer surgir del alambique del tiempo una raza nueva de hombres, que serían el vínculo entre el Asia y la Europa, y en la cual se cristalizaría la fórmula nueva, recompensa de tantos sacrificios, de tantos errores y dolores: la Eurasia. El hijo del coronel japonés y de la sirvienta húngara que —al fin de la novela— nace en un hotel de París, es tal vez uno de los primeros representantes de esta nueva humanidad.

Así se desarrolla poco a poco ante los ojos del lector atento la gran idea del autor. El parece considerar la evolución como si ésta describiera un círculo: parte de una civilización única en su origen; y su fin sería restablecer la unidad de esta civilización. Algunos han creído que la catástrofe de la guerra había destruido toda la civilización europea; el autor trata de creer que esta demolición precede a la reconstrucción de un edificio mucho más grandioso. A primera vista, la concepción del escritor no abraza sino dos continentes, Europa y Asia; pero algunos pasajes del libro hacen presentir que llevaría más lejos sus experiencias. En particular, una conversación de los dos protagonistas en una mesa de un café de París, sobre todas las mezclas de razas cuyos resultados observan en ellos mismos y en la muchedumbre cosmopolita que los rodea, trae ya el nombre de México, crisol enorme de experiencias raciales. ¿No ha habido ya un precedente histórico: el choque, luego la fusión de dos civilizaciones en esta tierra extraña?

Los que cerraron el primer libro de Passuth haciendo tales reflexiones, han abierto sin sorpresa pero con interés su se-

gunda novela. El título ya los advertía que el autor ampliaba su esfera en el sentido del espacio y del tiempo. La novela prestaba su tema al pasado de México; algunos se preguntaron cómo, en su calidad de escritor moderno en todo su ser, utilizaría un género caído un poco en descrédito.

* * *

La novela histórica que parecía más o menos muerta desde el romanticismo, debió después de la guerra su resurrección al auge de la biografía novelada, cuya forma tomó. En Hungría, como en otras partes, hubo una verdadera superproducción en este dominio, y, exceptuando algunos éxitos excepcionales, no puede decirse que la literatura haya ganado mucho. El género se presta demasiado bien a los talentos mediocres faltos de imaginación, puesto que los héroes dan la novela hecha: no se requiere más que escribirla. Todas estas biografías, destinadas al gran público, tenían por héroes personajes de la historia nacional, aunque las mejores biografías del extranjero, desde el *Disraeli* de Maurois hasta el *Claudio* de Graves, vueltas accesibles por la traducción, tenían también sus lectores.

El segundo libro de Passuth, *El Dios Lluvia llora a México*, ¿es una biografía novelada? Sin duda, la acción se anuda alrededor de un personaje central, que es al mismo tiempo una de las figuras más curiosas de la humanidad; el autor llena las lagunas de la historia ayudándose con su propia imaginación, tratando de crear el fondo psicológico de una sucesión de eventos que se pierden en la niebla del pasado, de la leyenda y la distancia. Pero la lectura atenta del libro hace comprender que el problema que había dominado el alma del escritor no era el de un destino individual, por todo lo grandioso que él haya sido. Lo que le interesaba ante todo, era el toque de dos civilizaciones, el encuentro de dos culturas absolutamente diferentes. Se trata de dos mundos que verdaderamente no tienen nada de común entre ellos: su religión, su lengua, sus conceptos, y, lo que no es menos importante, sus materiales, sus habitaciones, sus instrumentos de trabajo, toda su manera de vivir, son completamente diferentes. Cómo estos dos mundos extraños se encontrarán? Cuáles serán sus primeros reflejos? En qué medida podrán penetrarse recíprocamente?

Para responder a todas estas preguntas, el autor debe necesariamente conocer los dos mundos de que se trata. Tarea mucho más difícil en cuanto la España de Carlos V nos es casi tan extranjera

como el imperio de Moctezuma. Que se piense en el trabajo de "transposición" necesario para comprender el siglo XVI español, época pletórica, llena de vuelos ascéticos y del ardor sagrado de las grandes empresas, al mismo tiempo que de excesos de sórdida avaricia y de la más brutal sed de oro; época durante la cual el puro éxtasis religioso se calentaba al fuego de las hogueras; cuando el espíritu de aventuras más desenfrenado y la etiqueta más rigurosa se codeaban bajo el techo del mismo palacio; cuando el culto de los ideales del humanismo no era incompatible, en el mismo personaje, con un sombrío fanatismo; época de lujuria y de piedad, de máculas y de elevación, de lucha y de estudio, de progreso y de regresión, cuando los conquistadores alejaban los límites del mundo y la inquisición los restringía. Las intrigas de la corte, las rivalidades de las diferentes órdenes, las tradiciones y el orgullo de la nobleza más soberbia del mundo, las crisis de sumisión y de rebeldía del temperamento español, harían este laberinto todavía más inextricable si Passuth, muy perito en la materia, no introdujera a los lectores sin demasiada fatiga.

Su Cortés es un representante típico de ese mundo. Nacido en el umbral de la época moderna, ha guardado una importante herencia medioeval: el respeto de la autoridad, la costumbre de una fe siempre presente, el sentido del formalismo. Pero él encarna ya, la fuerza de voluntad, la imaginación, la inquietud activa del hombre del renacimiento. El renacimiento, por otra parte, le había inculcado ciertos elementos de la tradición antigua. Vasta tradición en la cual cada uno escoge lo que se adapta mejor a su individualidad. Cortés descubrió a Julio César, que será para él un maestro de diplomacia y de estrategia. Así, en su persona, la Europa antigua, medioeval y moderna, afrontaron a la vez el continente desconocido.

Qué era este Continente? Mientras más la Arqueología revela sus arcanos, más evidente se hace la imposibilidad de conocer a fondo sus formas de vida primitivas. Ciertamente, había allí estados organizados, una sociedad establecida, leyes, religiones y jerarquías; pero el sentido de cada una de estas palabras es distinto a aquel que se les ha dado después. Se cometería un grave error al tratar de aplicar a ese mundo las nociones morales de los siglos XVI o XX europeos. Nuestro vocabulario como nuestros códigos son incapaces de determinar aquellos hechos y aquellos fenómenos.

Si para representar la España de Carlos V bastaba reconstruirla, cuando se trata de evocar el Anahuac de Moctezuma, es

preciso construir, adivinar. Passuth después de aplicar todo lo que la ciencia moderna sabe del pasado azteca de México, se ha dedicado a imaginar el alma que debía animar la organización a la vez implacable y grotesca de este inmenso escenario. Aborda muchos aspectos de aquel espíritu salvaje, tan cercano aún a la naturaleza, lleno de creencias supersticiosas, creador de divinidades extrañas, más accesibles a los sentimientos elementales que el alma europea. Reanima las crueles religiones de Huitzilochtli, de Tlaloc, de Quetzacoatl; se conduce de aquellos seres primitivos e inocentes, con sus ritos sangrientos, con sus ceremonias fantásticas, con su fiesta de las Cuatro Hermanas del Placer Carnal, con el hábito del sacrificio humano. Exhuma mil detalles cotidianos de este universo sumergido: sus utensilios de cuero, sus guijarros de chalchioulli que suplían la moneda, la tela nequem que servía de papel, los cuchillos ichtzli de los inmoladores, los mosqueteros que anunciaban los embajadores imperiales, las costuras que se hacían en la lengua en señal de duelo. . . . Todo esto evidentemente podría no formar sino una baratija arqueológica. Pero el autor sabe estructurar con todos estos detalles un mundo y una vida orgánicos, y logra una gran fuerza de persuasión.

Moctezuma encarna su mundo, como Cortés el suyo. Verdadera divinidad a los ojos de sus súbditos, su personalidad humana se desplaza a medida que entra en contacto con los Teules, los españoles. Una larga tradición dinástica lo ha dotado de una vida sentimental e intelectualmente refinada, pero al mismo tiempo con el agotamiento y melancolía de las grandes razas. Atraído y rechazado a la vez por la personalidad de Cortés, turbado en sus decisiones por indicios y predicciones equívocas, no se resuelve a actuar. Cae víctima de su indecisión, abandonado por su pueblo, pero llorado por los conquistadores que no han podido resistir a la nobleza de su vida.

Entre los dos universos representados por estas dos grandes figuras, el primer contacto estuvo asegurado por el amor, es decir por la intervención de una mujer, Malinalli, la princesa india hecha esclava y que un cacique amigo ofreció a Cortés. Por su extraordinaria inteligencia pronto se hace el intérprete de los conquistadores; su dulzura obra irresistiblemente sobre el Capitán, quien la toma como su amante y su colaboradora. En su persona el contacto de estos dos mundos se hace tangible, real. El hijo que Cortés engendrará en ella será el primer representante de la nueva especie de hombres, igualmente característica del continente que

se acaba de descubrir y de la época que comienza con este descubrimiento: el mestizo.

En torno de estos dos personajes centrales se agrupa toda una multitud de comparsas. Entre los compañeros de Cortés, se encuentran todos los temperamentos, desde el bueno y comprensivo Padre Olmedo, hasta el impetuoso Alvarado. Mientras los unos se muestran razonadores, los otros obedecen; éstos son reflexivos, aquéllos apasionados; pero todos ávidos de oro, de salud, de gloria y de aventuras; el espíritu inflamado, la sangre inquieta, el corazón supersticioso; todos buenos españoles, todos notablemente activos. La Corte de Moctezuma no es menos variada. En primer lugar la familia imperial, dividida por viejas discordias, mantiene en su seno el recuerdo de antiguas rivalidades, de ancestrales tragedias de familia. Los jefes indígenas por su parte, difieren esencialmente entre sí; lo que poseen de común, es su concepción simbólica y fatalista de la vida, la atmósfera misteriosa y sobrenatural de que rodean sus actos cotidianos, determinados por la presencia continua de fuerzas desconocidas.

Entre estos dos mundos tan divergentes, ¿podía el contacto revestir otra forma que el conflicto? Era preciso que el uno venciera al otro para absolverlo después. Los esfuerzos de Cortés y Moctezuma fueron vanos; no pudieron conjurar la catástrofe inevitable. Que la parte menos fuerte haya vencido y que un puñado de españoles pudiese subyugar las poderosas provincias, es la nota más segura de la grandeza de Cortés, dotado de un excepcional talento estratégico. Quién sabe qué rumbo habría tomado la historia del mundo si, conforme a todas las probabilidades, la victoria hubiera sido ganada por los Indios. La Conquista de México es uno de aquellos casos en los cuales la personalidad de un solo hombre ejerce una influencia decisiva sobre la historia de muchos siglos y muchos continentes. Se puede preguntar si esta conquista no habría podido ser asegurada al precio de menos sangre. Después de leer "El Dios Lluvia Lloró a México" se tiene la impresión de que el choque de las dos fuerzas no pudo operarse sino con aquella violencia. Sin que Passuth haya querido hacer una apoteosis de Cortés, lo excusa y parece insinuar que no importa que hubiese vertido tanta sangre aunque el resultado fuese menor. No es a nosotros a quienes corresponde juzgar la verdad histórica que representa esta manera de ver. Pero es necesario rendir homenaje a la verdad artística del libro, que es certera. A todo lo largo de estas 500 páginas no se tiene jamás la impresión de lo ficticio. La exactitud del detalle no degenera en prolijidad arqueológica; por

otra parte, el gusto de la observación psicológica no lleva al autor al error de transportar al siglo XVI personajes de nuestros días.

El relato de Passuth no se integra por medio de una narración continua. Como en su primera novela, gusta cambiar de escena en el curso de capítulos sucesivos y mezclar simultáneamente muchas acciones. Si este método multiplica ventajosamente la atención, no exige por el contrario mayor esfuerzo del lector. Además, por la naturaleza misma del tema, casi todos los capítulos tienen algo de condensado y estático; aun aquellos que desbordan de acontecimientos, seméjense más a un cuadro, que a un trozo de película. El amor al detalle, una de las notas características del autor, se da libre curso. Cada capítulo está elaborado con minuciosidad, como cada metro cuadrado de una catedral gótica. Algunos sin embargo se graban en el espíritu del lector con particular relieve: las dos escenas de Salamanca, donde se presenta primero bajo la forma de un niño tímido y en seguida en su calidad de glorioso conquistador de un nuevo mundo, ascendiendo siempre con la misma emoción la escalera de la universidad; el encuentro de Cortés y de Malinalli; las luchas de Moctezuma con sus inspiraciones y presagios; la primera ascensión al Popocatepetl; la entrada de los españoles en la maravillosa villa de Tenochtitlan; la sumisión de Moctezuma a Carlos; la carnicería de la Noche Triste; la entrevista de Cortés y de Carlos; finalmente, la fiesta del trigésimo aniversario de la toma de Tenochtitlan, donde se ve cómo los descendientes de vencedores y vencidos de antes, comienzan a entenderse entre sí, mientras que se esfuman los últimos recuerdos del gran imperio azteca y la grande aventura se transforma en leyenda aun antes de la muerte de muchos de sus participantes.

Es preciso decir aún algunas palabras del estilo, uno de los aspectos originales de este libro. El autor da a su lenguaje un sabor ligeramente arcaico, sin servirse por ello de palabras y giros desusados, y un matiz patético imperceptible, apropiado para elevarlo por encima del nivel del lenguaje cotidiano, sin hacerlo artificial. Todas sus investigaciones históricas y toda su penetración psicológica habrían sido inútiles si no hubiera sabido realizar esta difícil tarea; pero la ha realizado y a pesar de todo el trabajo que ha debido exigir esta forma refinada, el esfuerzo no se percibe por ninguna parte. Ciertamente, ha debido sacrificar en cambio, aquí y allá, la comodidad de la frase, muy cargada en veces de proposiciones incidentales, pletórica de palabras, pesada en su significación.... Por lo demás, este volumen exige lectores atentos, pero éstos son recompensados en su labor. Passuth tiene el coraje

de abordar grandes temas, y en realidad parece no buscar más que éstos; él trata las grandes cuestiones del fin y del nacimiento de las civilizaciones, del contacto y de la fusión de las razas, insertadas en el cuadro de uno de los capítulos más curiosos de la historia humana. Es de aquellos autores que en los anales del pasado, buscan no solamente páginas cautivantes, sino respuestas a cuestiones palpitantes de la actualidad. De una serie de carnicerías y destrucciones, saca una conclusión apasionante sobre el porvenir de la civilización.

El *Dios Lluvia llora a México*, mejor aún que *Eurasia*, es uno de los raros libros húngaros que poseen horizontes universales. Traducido a una lengua más accesible al público internacional, encontraría el éxito que se merece.

Budapest, julio de 1940.

